Aquella mañana tomé un coche de caballos en la plaza de la Catedral para ir a recoger a Bertha al barrio de Triana, tras pasar la primera noche en casa de su prima, y acudir juntos a la Universidad. Este iba a ser el último día del curso académico, aunque los dos sabíamos que también hoy comenzaba algo más importante y peligroso. El cochero tomó el Camino de la Mar hasta la Puerta del Arenal, que nos condujo extramuros primero hasta la plaza de toros de la Real Maestranza, que bordeamos y continuando por El Arenal, hasta el puente nuevo sobre el río Guadalquivir. Al desembocar en Triana, llegamos a la plaza del Altozano, verdadero centro de referencia del barrio. En ella se hallaba el castillo de San Jorge, baluarte de la ciudad y durante años sede de la Inquisición. En su solar se construyó la Plaza de Abastos. Al adentrarse en el barrio de Triana se sentía en el ambiente el carácter de su gente. Encontré calles angostas llenas de vida, corrales de vecinos, y la que fue catedral del barrio, la parroquia de Santa Ana. En el número 52 de la calle Pureza, junto a la casa de la prima de Bertha, se hallaba la capilla de los Marineros, construida en 1759 en el mismo lugar donde había estado la capilla del colegio de Mareantes de Sevilla. Aquí residía  la Hermandad de la Esperanza, la imagen más venerada del barrio.

Bertha me esperaba en el umbral de la puerta de entrada a la casa, tras ella había un patio lleno de colorido. Bajé del carruaje y le pedí al cochero que esperase unos minutos. Bertha me hizo pasar y nos sentamos en un banco de piedra a la sombra de un frondoso limonero. El patio era de planta cuadrada con una fuente central y un pozo en un extremo. Había grandes maceteros donde rebosaban las plantas y otros más pequeños llenos de flores aromáticas colgados tanto en las columnas como en las paredes. Los zócalos y las rejas eran de estilo plateresco y le daban un toque genuinamente andaluz. Bertha mostraba en su rostro las secuelas de una noche de insomnio. La preocupación por lo acontecido la tarde anterior en su casa y sobre todo la inquietud por saber que había ocurrido con Pepe, que partió dispuesto a enfrentarse a su padre al saberlo responsable del atropello.